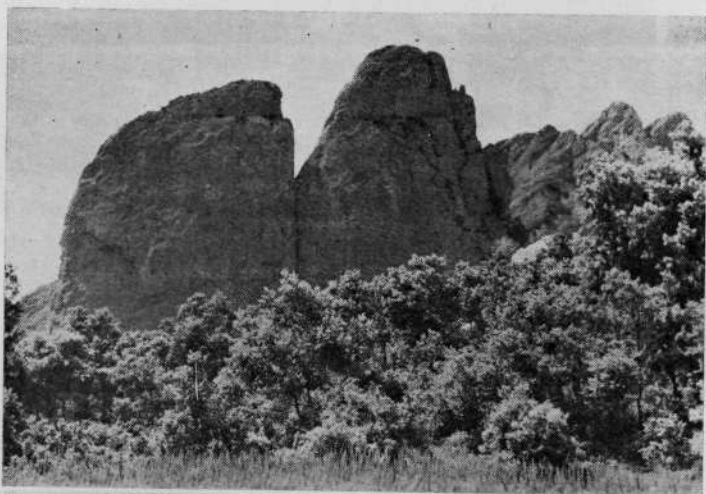
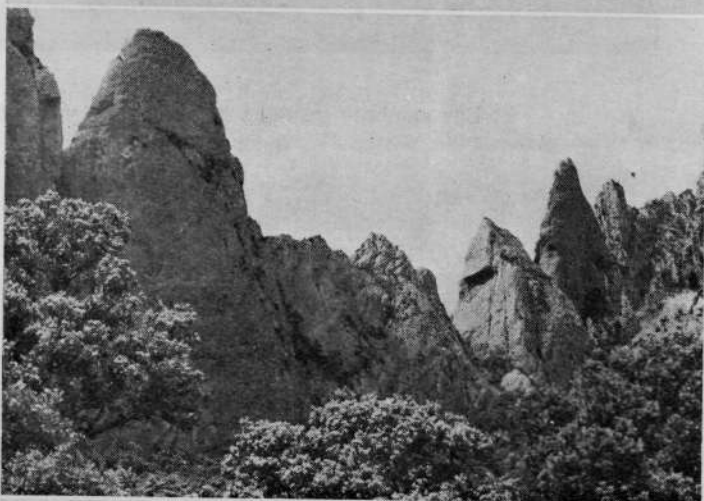


Conjunto
de las Dos Hermanas
por el S.



Su engarce
con la montaña,
visto por el S.



Santuario
y sierra de Codés,
desde el camino
de Azuelo.



Fotos F. Ripa

DOS DÍAS EN LA SIERRA DE CODÉS

RELATO DE UNA EXCURSIÓN

Por FRANCISCO RIPA

Segundo Premio del I Concurso de Literatura de Montaña "Trofeo José María Peciña"

A LA MEMORIA DE JOSE M.^a PECIÑA Y DE SUS COMPAÑEROS
MUERTOS EN EL MONTBLANC, CON UNA ORACION.

I. - De Santa Cruz de Campezo a las Peñas de Yoar

¡¡CODÉS!! ¡Cuántas añoranzas van unidas a este viejo y querido nombre! Aún iniciaba mis primeros pasos en los caminos de las cumbres, cuando ya desde ellas no me era difícil identificar, allá a lo lejos, en el confín S. O. de Navarra y al borde de las tierras llanas en que confinan Ribera y Rioja, su característica silueta formada por dos promontorios de diferente elevación. Pero remordía, también, mi fuero montañero que una altura tan destacada y nuestra, genuinamente navarra pese a encontrarse en muga con Alava, la tuviésemos como olvidada por la distancia.

Por eso una mañanita del mes de Noviembre que nos deparaba la coyuntura de dos días festivos consecutivos, partimos hacia Estella, donde, tras breve espera, tomar el tren eléctrico para Vitoria. Pasado el desfiladero de Arquijas, todo él diminuto y atractivo, con su pequeño puente, río y carretera unidos, y el prieto bosque de encinos hasta el mismo cauce, irrumpimos en fértil llanada donde, a la izquierda, comienza a extenderse la sierra de Codés, cubierta de vegetación. Hace rato que, a derecha, llevamos la barrera rocosa de Lóquiz.

Sobre las 9 horas nos apeamos en la Estación de Santa Cruz de Campezo, y momentos después, tras visitar su bella y suntuosa iglesia parroquial y dar una vuelta por el pueblo de típica factura, emprendemos la marcha hacia la montaña, que cierra el horizonte por el S., desde la plaza de D. Samuel Picaza, con fuente pública y abrevadero (9 h. 22').

Pronto nos encontramos en las afueras, donde queda a la izquierda su cementerio, alcanzando una bifurcación que por la derecha seguimos, llevando a la misma mano unos huertecillos con su caseta de madera y varias colmenas. Ganado un altozano, con conglomerado en sus rocas, se entra en un

gran llano cubierto de hermosos castaños; más adelante, dan paso a magnífico encinar y el camino se interna en la barrancada que envía, por la derecha, su escaso caudal de aguas. A las 9 h. 55' alcanzamos nueva bifurcación y, cruzado el arroyo, el camino asciende con grandes vueltas, que casi lo convierten en llano, por la loma desprovista de arbolado. Conviene advertir que una senda asciende en línea recta acortando distancias, pero es mejor seguir el marcado camino que, por entre verdes helechos, alcanza el hayal próximo en cuyo borde se inclina exageradamente al O., hasta ganar la collada (10 h. 20') cuya vertiente contraria dá sobre el profundo barranco que de Yoar desciende hacia Genevilla. Del mismo borde del barranco tuerce decidido el camino a la izquierda, remontándolo de primeras; posteriormente, al alejarse de la mencionada barrancada, se interna en soberbio hayal donde lo suplanta una senda; ésta, a veces, queda confusa o totalmente borrada por la enorme hojarasca que cubre el suelo, pero es difícil perder la verdadera ruta porque una nueva depresión se abre a la izquierda. Es la zona denominada «La Dormida», porque en ella se detienen las palomas durante la noche en su viaje migratorio. Se recrudece la pendiente y, momentos después, se sale a campo despejado y llano en el lugar llamado «La Llana» (10 h. 47').

Nos encontramos en lo que pudiéramos llamar la altura de la sierra y frente a nosotros se elevan las reinas del macizo, Yoar y La Plana, cúspides señeras de nuestra orografía, separadas entre sí por el boquete abierto sobre el valle de Aguilar, hacia el que se dirige el camino. En cosa de siete minutos nos asomamos a dicho valle, en la vertiente contraria de la montaña, y su contraste, fuerte e impresionante, nos deja absortos de admiración: Bajo nuestros pies desaparece materialmente la montaña, irguiéndose, en próximo primer término, una esbelta aguja que

parece nacer del vacío; más abajo se extiende el prieto arbolado, entre el que clarean algunas rocas calizas, y en el mismo borde del labrantío, muy difuminado por las nieblas del llano, culmina un pequeño otero el pueblo de Torralba del Río, con hechuras medioevales, del que arranca la carretera, que serpenteando entre verdes orillas, lo une con el venerado Santuario de Nuestra Señora de Codés, que pegado a la sierra eleva su vestido campanario.

Sentimos grandes impulsos de dominar mayor horizonte, y con grandes prisas abandonamos este punto, denominado «El Puerto», por la arista de la derecha, desechando el caminar más suave de la franja de arbolado. Momentos después alcanzamos el elevado mojón que señala el punto culminante de toda la sierra, llamado Peñas de Yoar (1.414 m.) ¿Por qué llamarán los nativos «El Telégrafo» a este amontonamiento de rocas? Son las 11 h. y 14 minutos de la mañana, y hemos invertido una hora y cincuenta y dos minutos desde Santa Cruz de Campezo.

Su horizonte, extenso y completísimo, abarca todas las alturas principales de las cuatro provincias hermanas. Y hasta los Pirineos lejanos destacan claros y perfilados, si bien atraen más la atención, por su proximidad, la quebrada orografía alavesa; las cimas de Monjardín y Montejurra, cuajadas de historia; la esbelta configuración de la Peña Lapoblación y sierra de Toloño, que pueden aceptarse como prolongación de esta misma serranía; y la barrera inconmensurable de Moncayo, que se enlaza con las montañas Cebollera, Urbión y La Demanda, que rebasan el doble millar de metros. Hacia el S., se extiende la tierra llana de la Ribera y Rioja, sin limitación de horizonte, en la que pueden apreciarse, en día claro, Calahorra, Logroño, Zaragoza, y enorme cantidad de pueblos que quedan más cercanos. Entre ellos, el Ebro, ancho y majestuoso, riega esta feraz llanura, bastante nivelada, describiendo amplios meandros. . .

II. - En la zona monolítica de Azuelo

Mientras almorzábamos, sentados a socaire del viento helador, en la cima de Yoar, hicimos el estudio general de la sierra. Constituye, ésta, una barrera con elevación media de unos 1.200 metros, sencilla de orientación, y que se extiende en Navarra de N. E. a S. O.,

en línea bastante regular de unos 14 Km. de longitud (Acedo-Cabredo), y se halla rodeada por el valle de Campezo, en Alava, al N., y los de la merindad estellesa de La Berrueza, al E., y el de Aguilar o La Barranca, por el S. y el O. El punto que ocupamos, además de ostentar la máxima altitud, puede considerarse como centro del macizo, y, conocida esta particularidad, decidimos recorrer hoy su extremo occidental, y mañana, tras de ganar nuevamente la cresta, hacerlo en dirección contraria, completando de este modo nuestro itinerario total sobre la serranía.

De Risco Royo, puntita separada de la cumbre por la verde cañada de La Nava, desciende un contrafuerte rocoso que, tras de culminar en la almenara cabezota de Peña Blanca, cae sobre el llano en sucesión de paredones y agujas, hasta que inesperadamente, desligado totalmente de la montaña, surge un airoso e imponente monolito-doble que atrae poderosamente la atención: Son las «Dos Hermanas de Azuelo», ese pueblecito que se vé un poco más abajo.

Cuentan de ellas en la comarca, que allá en lejanas fechas vivían dos pobres hermanitas huérfanas, que un día aciago, las segundas bodas de su padre las redujo a ser esclavas de una madrastra sin entrañas. Torturadas en todo momento por aquella mujer, reverso de la madre tierna y cariñosa, salieron al campo cierto día e internándose en el bosque, pasaron las horas de la tarde lamentándose de su infortunio. Como llegara la noche sin volver a casa, su madrastra las maldijo, diciendo: ¡Ojalá se vuelvan piedras! Y nadie más volvió a ver a las pobres huerfanitas, pero desde la mañana siguiente, entre la Peña de Yoar y el camino de Codés, aparecieron estos dos monolitos, un poco desiguales como eran las hermanas.

A parte del sencillo y encantador origen que atribuyen los nativos a estas descomunales rocas, a nosotros nos atraía su recia contextura erizada de dificultades que, como aficionados a la escalada, soñábamos dominar algún día; por eso nuestra vista no se aparta de ellas y hasta creemos descubrir, desde la altura (?), posibles vías de acceso. Se impone estudiarlās con detenimiento y desde más cerca, para conocer las probabilidades de éxito, y de hecho queda incorporada su inspección en la jornada de este día.

Rápidamente nos ponemos en camino,

pues no hay tiempo que perder, y por la cresta pasamos a Peña Humada (1.153 m.), de donde apreciamos que el resto de la sierra carece de interés para nuestro objeto, puesto que la constituye una sucesión de lomas descendentes, sin ningún relieve importante, que a su final salva la carretera de Aguilar a Cabredo y Genevilla.

Abandonada, por esta causa, la idea de recorrer la divisoria de aguas hasta su extremo occidental, descendemos saltando y corriendo por la empinada ladera hacia el camino que une Azuelo con Genevilla. El piso se torna molesto porque los peñascales no son continuos hasta la base, como ocurre en las pedreras del Pirineo por las que tan grato es deslizarse, sino que alternando con enmarañada maleza nos obliga a tomar precauciones. Alcanzado el citado camino la marcha vuelve a ser más benigna, mientras descendemos suavemente al par que doblamos el saliente de la montaña. Obsesionados por contemplar de más cerca el fantástico monolito, apenas nos fijamos en el paisaje, cuando súbitamente, a mano derecha, se yergue macizo, rasgando la verde bóveda con que nos cubre el precioso encinar, un esbelto y solitario peñasco, con apariencia de pulgar, perfilándose sobre la Peña de Lapoblación y sierra de Toloño, que allá en lontananza cierran el horizonte.

Seguimos con interés creciente el camino que nos aproxima a Azuelo y su monolito gigante. Enhiestas rocas obligan al camino a frecuente culebreo, hasta que, ganada una collada entre paredones calizos, aparecen ante nuestros ojos sus impresionantes tajos septentrionales. Ya no nos preocupamos de seguir una senda definida; caminamos a campo través acortando rápidamente la distancia que nos separa, cuando una pequeña corriente de agua baja a nuestro encuentro. Es la primera vez que hallamos tan valioso elemento en la sierra, y, remontando su curso, pronto encontramos el magnífico manantial que brota de tierra arcillosa.

Nos detenemos para comer, mientras esperamos que los rayos solares, en su curso, iluminen las rugosidades de estas paredes sumidas hasta ahora en sombras. Poco a poco van adquiriendo relieve; con la luz se acentúan sus salientes... y es llegado el momento de medir detenidamente las probabilidades de su escalada. Marchamos en

línea recta hacia ellas sin apartar un solo instante nuestras miradas de su escalofriante verticalidad. Pero antes de alcanzarlas nos vemos sorprendidos por una nueva barrera que, desprendida de la masa y paralela con la que sustenta el de las «Dos Hermanas», se halla materialmente erizada de monolitos de las más diversas formas. Contamos más de treinta de pequeña elevación, aun cuando su dificultad sea extraordinaria porque el conglomerado que los integra se encuentra muy corroído, y al menor golpe saltan grandes trozos de roca. Casi todos ellos se componen de lajas delgadísimas, con escasos agarres, y adoptan figuras caprichosas (humanas, torres, obeliscos), en las que la imaginación encuentra mil parecidos sorprendentes, que hacen del paraje un lugar de encantador ensueño.

¡Pero aún hay más! Todos estos peñascos resultan insignificantes si se les compara con el gigante monolito-doble a cuyo pie nos encontramos. Las «Dos Hermanas» de Azuelo, separadas entre sí por estrecha collada, se erigen en espléndidas reinas del paraje. Sus imponentes paredones, que rebasan el centenar de metros de altura, y los inconvenientes poderosos con que tropieza la vista para seguir una vía practicable hasta la cima, así lo proclaman. Lástima que no hayamos traído algo de material en esta excursión de montaña, con el que nos hubiera sido posible estudiar detenidamente, y en especial algunos puntos claves, su posibilidad de escaleo. Pero los abombamientos de la mole, la rugosidad granulada del conglomerado, tan inseguro para afianzarse, y las estrechas y aéreas cornisas que se pierden en desplomes de la roca superior, nos demuestran hallarnos ante extraordinarios ejemplares. Al menos por este lado.

Pegados a la roca doblamos la arista O. y pronto nos encontramos en su cara S. Recorriéndola por su base hacia el E., primeramente se nos ofrece un trozo vertical que termina bruscamente en un saliente muy exagerado y cortado en escuadra; más adelante, la pared, ligeramente combada, se eleva recta hasta la cúspide sin la menor fisura; una grieta viene a terminar en la collada entre las «Hermanas» y más arriba queda la roca limpia y pulida; y ya al final, en la parte en que se fusionan con la montaña, parece que se puedan unir y combinar algunas grietas,

en las que, además, crecen y se desarrollan algunos arbustos. De todos los puntos estudiados, éste parece ser el que más garantías ofrece para ganar la cumbre; en él creemos haber encontrado su mejor acceso, pero tampoco estamos seguros de vencer el monolito por esta vía; no estamos habituados a trabajar en conglomerado, he aquí una razón poderosa. También la noche se nos viene encima, y es muy natural que a su incierta luz nuestro entusiasmo viera las cosas más fáciles. Pero sea cual fuere el resultado de futuras tentativas, no cabe duda que la región monolítica de Azuelo, con sus impresionantes roquedales de esbeltas figuras, donde el conglomerado presenta sus pequeños agarreres redondos, pulidos y de escasa consistencia para clavijar, constituye una espléndida donación de la Naturaleza, muy digna de equipararse, por lo menos, con las más nombradas de la Nación en materia de escalada.

Y mientras los mortecinos rayos solares, ya en su ocaso, iluminaban con fantástica coloración la campiña, brindándonos el postrer regalo para los sentidos, nos fuimos aproximando, por la montaña cubierta de chaparros y matorrales, al Santuario de Codés. Todo es calma y sosiego en derredor, que ni el menor ruido viene a turbar; gozamos sencilla y emotivamente de estos momentos deliciosos, a solas con la naturaleza y el recuerdo de tantas maravillas contempladas en este día feliz. Al alcanzar las construcciones anexas al Santuario, parece que se acrecientan la soledad y vacío a la vista de las ruinas del palacio que, allá en lejanas fechas, mandó edificar a sus expensas el entonces Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, D. Pedro de Lope, para entregarse todos los años a la meditación de las grandes verdades de la Religión, en el silencio y apartamiento de tan recoleto paraje. Pero de pronto, dos imponentes perrazos, sujetos a la pared con cadenas y mostrándonos amenazadoramente sus bien armadas mandíbulas, rompen el silencio con sus ladridos, haciendo que una cabeza femenina se asome a la ventana que da sobre la puerta principal de la hospedería. Momentos después, por la gran escalinata de piedra del Santuario, trasponemos su umbral y penetramos en el interior; mientras, fuera cae la noche y aparecen las primeras estrellas en el firmamento sin nubes.

III. - Algo de historia, tradición y folklore

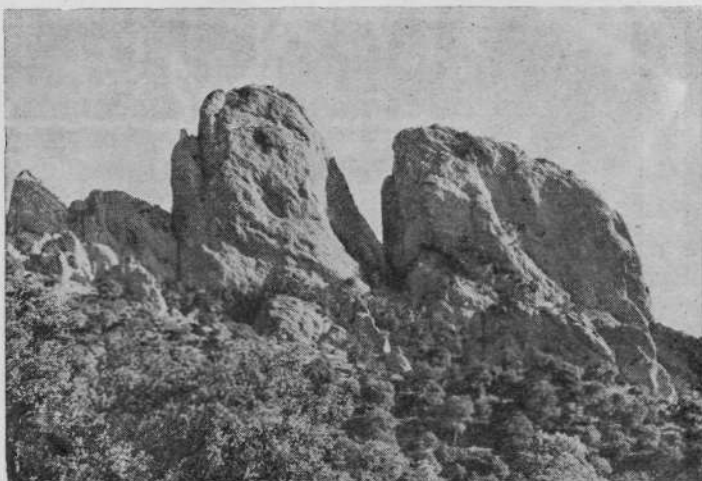
Cuenta la tradición que, allá por el año 575, los moradores de la ciudad de Cantabria se hallaban tan pervertidos y rebeldes a Dios, que el anciano y bendito monje San Millán de la Cogolla bajó por la Pascua de su retiro en la montaña, para predicarles, reprenderles sus faltas y pecados, y exhortarles a la penitencia, anunciándoles, al mismo tiempo, la revelación que había tenido del triste fin que les aguardaba. Sordos a su amoroso llamamiento pronto recibieron el castigo vaticinado al ser tomada y destruída su ciudad por Leovigildo, Rey de los godos.

Sin embargo, algunos cristianos piadosos, por temor a las profanaciones de la soldadesca goda, lleváronse en su huida una venerada y antiquísima imagen de la Virgen junto con algunas reliquias de Santos, que vinieron a depositar y esconder en una gruta de las montañas próximas, al pié de la Peña de Yoar, lugar áspero y salvaje por su cerrado arbolado y acantilados rocosos. Pasó el tiempo y enmarañada maleza de espinos tapó la boca de la cueva durante muchos años, hasta que un día, del que se desconocen fecha y ocasión, fué descubierta providencialmente. Grande y emotiva debió ser la nueva en todo el Reino, puesto que para perpetuar la memoria del feliz suceso y atender debidamente al servicio de nuestra Señora, se fundó el pueblo de Codés, desaparecido totalmente entre los siglos XIII y XIV.

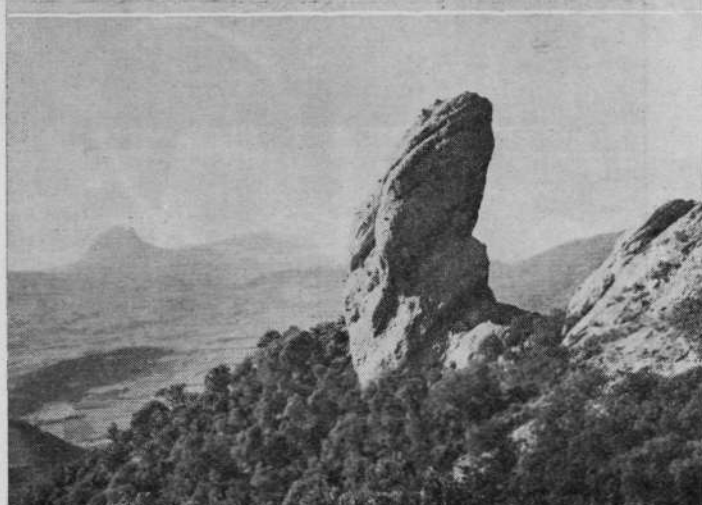
Pocas citas de tiempos pretéritos guardan los archivos relacionados con el Santuario y pueblo de Codés, siendo la más antigua que se conoce la de un otorgamiento dado en el año 956, cuando eran Reyes de Navarra Don García y Doña Toda. Y de las posteriores merece consignarse, por su importancia, la Bula promulgada por el Santo Pontífice desde Aviñón, el 8 de Junio de 1358, que todavía se conserva en el Santuario, concediendo indulgencias especiales.

Pero cuando verdaderamente se incrementa la devoción a Codés, es a partir del año 1523. Nos refiere Don Juan de Amiáx en su libro «Ramillete de Nuestra Señora de Codés», impreso en Pamplona en 1608, que por aquel entonces se juntó en Cábrega, tierra de Berrueza, una partida de bandoleros que bajo pretexto de pertenecer a uno de los dos bandos que dividían Navarra en Beamonteses y Agramonteses, cometían tan

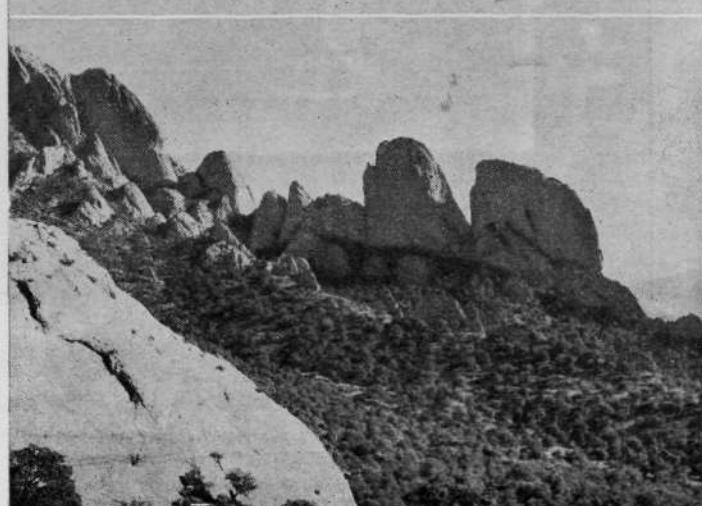
Las Dos Hermanas
y los pequeños monolitos
de su base, iluminados
por los rayos solares.



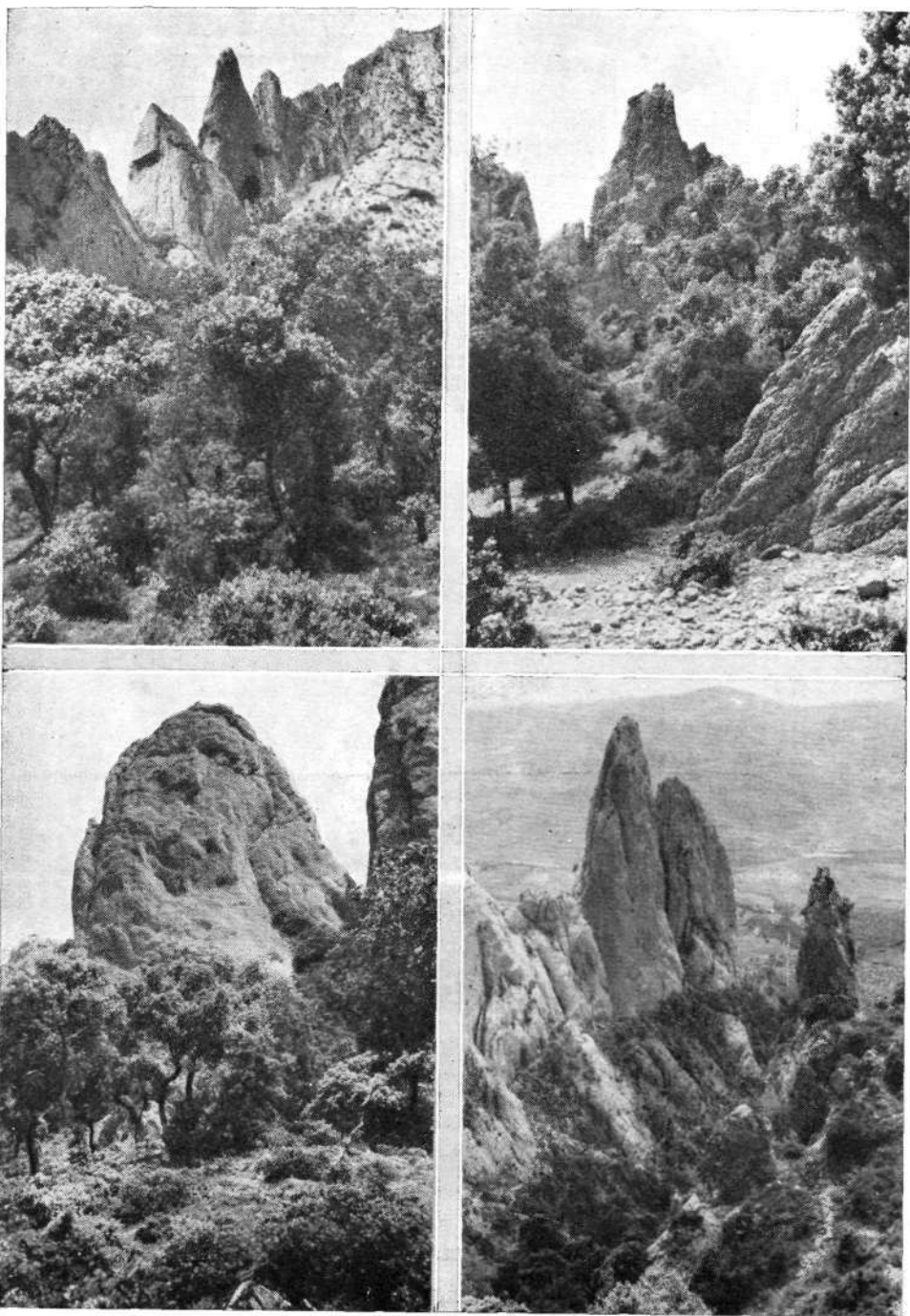
El Pulgar
del camino de Azuelo
a Genevilla.



La zona monolítica
de Azuelo,
desde el camino
de Genevilla.



Fotos F. Ripa



ARRIBA Y DE IZQUIERDA A DERECHA:

Erizadas crestas rocosas. - Torres aisladas.

ABAJO Y DE IZQUIERDA A DERECHA:

Cara N. O. de la Hermana Mayor. - Conjunto de las Dos Hermanas.

Fotos F. Ripa

grandes desafueros y bellaquerías en toda aquella tierra, que, para mejor conservar su mala y perniciosa vida, eligieron por capitán al más astuto y sagaz de todos ellos que se decía Juan Lobo, al cual, todos unánimes y conformes, juraron obediencia hasta perder sus vidas. Con esta conjuración se acogieron a la sierra de Monicastro, donde a la sazón se asentaba el castillo de Malpica, yermo, solitario e inexpugnable en lo alto de sus peñones piramidales; y de tal manera se fortalecieron y vivieron prevenidos, que nunca pudieron ser sorprendidos a pesar de cuantas tentativas se hicieron para ello.

Entre las muchas veces que salieron a sus correrías, desvalijaron a un hombre de aquellos valles, y, no contentos con quitarle el dinero que llevaba, maltratáronle de palabra y obra, llevándole preso al castillo de Malpica, donde le colocaron dos gruesas tablas agujereadas, a manera de grillos, con las que le tuvieron en prisiones muchos días. Este buen hombre, a quien Dios escogió para obrar tan gran milagro, padeció grandes aflicciones y trabajos, soportándolos todos con mucha paciencia y resignación, mientras se encomendaba y ofrecía de todo corazón a Nuestra Señora de Codés. Pudieron tanto sus oraciones, que mereció por ellas encontrarse dormido a la puerta de la ermita, con los cepos arriba citados, cuando llegaron unos pastores de Torralba, quienes le despertaron. Tras de postrarse con gran devoción ante la Santísima Imagen, les narró lo sucedido; por cuyo milagroso resultado dieron gracias a Dios los vecinos de Torralba, poniendo desde entonces ermitaño en la venturosa ermita, donde colgaron, para testimonio de lo ocurrido, las dos gruesas tablas que sirvieron de tormento y prisión,

Siete años mas tarde vino a ser ermitaño en ella el liberto milagrosamente Juan de Merino, quien para más honrarse dejó el apellido Merino y tomó el de Codés, donde permaneció algunos años más, para dejar el cuidado de la ermita a su discípulo Fray Antonio de Vidaña, y retirarse a lugar más escabroso y elevado en la misma montaña en un recogido oratorio al que llamó la Concepción del Monte. Posteriormente pasó a Roma con el propósito de trasladarse a Jerusalén y visitar los Santos Lugares, gracia que le fué denegada por Su Santidad. De vuelta a su tierra natal y queridísimo Santuario, fue-

ron tan grandes su celo y mortificaciones que Dios, por mediación de la Virgen María, le concedió el don de hacer milagrosas curas, con paños que bendecía en el Altar de Nuestra Señora de Codés. La primera de las cuales fué tan maravillosa y sorprendente, y vulgó la nueva en tales proporciones, que a los pocos días no cabían los huéspedes en la solitaria ermita.

No le faltaron, tampoco, al virtuoso Juan de Codés, trabajos y sinsabores, puesto que cirujanos y médicos, envidiosos, le acusaron ante el Obispo e Inquisidores de curar sin licencia de ningún superior, consiguiendo que el Licenciado Sepúlveda, a la sazón Gobernador y Vicario General del Obispado de Calahorra y La Calzada, le prohibiera rigurosamente bendecir más paños y curar con ellos a persona alguna, fuera cual fuese su condición y estado. Pero ocurrió, que, a pocos días de este hecho, el propio Licenciado Sepúlveda, con grandes dolores en todo el cuerpo y cuando médicos y cirujanos se declararon impotentes para atajar la enfermedad, se acordó del venerable Juan de Codés, e hizo llamar rogándole que trajera consigo algunos lienzos bendecidos, con los cuales y en tan buen momento como le fueron aplicados se sintió totalmente restablecido, dando gracias a la Madre de Dios y otorgando licencia a Juan de Codés, para que, sin contradicción ninguna, pudiera proceder libremente a la bendición y curas milagrosas de sus paños.

A partir de este instante, numerosas y portentosas fueron las curas que se sucedieron, ganando el Santuario de Codés justa fama y enriqueciéndolo los grandes donativos y ofrendas. En años sucesivos fueron construídas la Hospedería y dependencias anexas, y las pertinentes mejoras de la Capilla que la gran afluencia de devotos hacía necesarias. Baste consignar, como elocuente dato de la extraordinaria devoción a Codés, que en el año 1670 se le hizo un cargo total de 4.348 misas. Y en igual proporción se recibían donativos de toda clase, desde especies hasta ornamentos sagrados y alhajas. Después, y a causa de la guerra francesa, fué saqueado y robado cuanto de valor material poseía, y a la postre, 26 de Diciembre de 1837, en plena guerra carlista, Zurbano le prendió fuego y vuelve a saquear el Santuario, dejándolo completamente arruinado.

Tras estos hechos las cosas van de mal en peor en Codés, hasta el extremo que su Capellán, D. Simón Valencia, año 1880, doliéndose de su abandono, hace público el estado ruinoso y deplorable en que se encuentra el Santuario. Pero no se da solución satisfactoria hasta que el celoso Párroco de Desojo, D. Valentín Fernández y Ciordia, movido por su gran amor hacia la venerada imagen, crea en 1901 la Cofradía Administradora, que con ardor infatigable acomete la reconstrucción. Desde entonces el trabajo de los artesanos, y el celo de los cofrades coadyuvándoles, no ha cesado un solo instante y prosigue en la actualidad, en que nuevamente ha vuelto a ser uno de los más distinguidos hitos de la fé mariana en nuestra tierra.

Pero volvamos al Castillo de Malpica donde dejamos a Juan Lobo y sus forajidos el año 1523, en el momento en que Juan de Codés quedó milagrosamente en libertad. En aquellas lejanas fechas existía en la villa de Torralba la Cofradía del Glorioso San Juan Bautista, llamada posteriormente de los ballesteros, porque cuando salían los bandidos de su guarida haciendo de las suyas en la comarca, era obligación de todos los cofrades reunirse a toque de campana portando espada, ballesta, jara y aljaba, para defender con dichas armas el ganado y los frutos de sus términos. Y sucedió, al poco tiempo del hecho narrado, que habiéndose encontrado ambos bandos en el término Valdemadre de Otiñano, se libró gran batalla en la que perecieron todos los ladrones de la partida de Juan Lobo e incluso éste, de la lanzada que le asestó un caballero de la Berrueza, llamado Mosén Pedro de Mirafuentes, tal vez propietario del que hoy se denomina Palacio de Mirafuentes.

Acabada la refriega reuniéronse todos los cofrades guerreros en una balsa del pueblo de Torralba, y, viendo que no habían tenido ninguna baja, fué tan grande su alegría que inconscientemente comenzaron a bailar. Este es el origen del tradicional baile de San Juan, que se celebra actualmente en dicha festividad: Terminadas las Vísperas en la iglesia de Torralba, se organiza una procesión que se dirige por el camino de Codés hasta una balsa próxima. Forman la presidencia todas las autoridades, Abad, Alcalde, y Mayordomo de la Cofradía, y destaca entre la muchedumbre un banderín de damasco carmesí, que tiene el mérito de su antigüedad y simbólica representación. También los cofrades, haciendo honor a sus antepasados, llevan gruesos garrotes en lugar de lanzas y espadas, y al llegar al punto consabido están obligados a danzar. Acabado el baile se si-

gue el desfile ante el banderín, que empuña el Abad, para hacerle la venia.

Otro de los personajes que se hizo famoso, y que por tener relación en lo folklórico con Codés traigo a este relato, es Johanés de Bargota. La tradición lo hace amigo del capitán de bandidos Juan Lobo, pues nos narra que en cierta ocasión viéndose éste último acosado por un grupo de arcabuceros logró llegar a Bargota y penetrar, sin ser visto, por la poterna de la casa de Johanés, burlando así a sus perseguidores. Estos comunicaron al Regidor lo sucedido, y cerradas las puertas de la Villa se estableció vigilancia, sin que ocurriera nada anormal. La fantasía popular explicó los hechos diciendo, que el beneficiado prestó al bandido su capa invisible y, en ella embozado, pasó por el portal de la iglesia, siguió el camino de Espronceda, y llegó a Punicastro, sano, salvo, y sin ser visto. Desde entonces se asegura que los vecinos de Bargota no recibieron el menor daño y continúan llamando con el nombre de Juan Lobo, a la calle por la que se supone escapó.

Si nos detenemos en confrontar fechas, comprobaremos que no pudo haber conocimiento entre ambos personajes, por cuanto sabemos que Juan Lobo fué muerto el año 1523 o 24, mientras el recopilador de la azarosa vida de Johanés de Bargota conserva su nacimiento en la segunda mitad del siglo XVI. Además, para deducir que el Brujo de Bargota fué posterior al depravado capitán de bandoleros, nos queda el Proceso de la Inquisición, con el testimonio de su Auto de Fé celebrado en Logroño los días 7 y 8 de Noviembre de 1610, contra 29 brujos de Zuggarramurdi, los pelaires y tranquileros de Viana, y la ciegucecita Endregoto (condenada a las llamas), y Johanés de Bargota, culpable por el mismo motivo de cómplice pasivo pero temerario, que en el solemne Auto iba vestido de loba y ferreruero de luto, portando una vela amarilla en la mano, y con un «sambenito» doble colgado al cuello, en el que se leía: «Señor, perdonad al nigromante». Añádase que fué tan grande su contricción y lágrimas, que duraron los cinco años restantes de vida, muriendo cuando rebasaba los setenta y cinco.

Pero aun reconociendo los grandes dislates que las narraciones populares dan por ciertos, son a veces tan encantadores y amenos en su ingenua sencillez, que, ya que hablamos de Johanés de Bargota y del Santuario de Codés, trataremos también del hecho que los relaciona: Cuéntase que Johanés fué a visitar a la Virgen de Codés, y habiendo entrado en el Santuario al tiempo que el Abad

de Otiñano, que celebraba misa, volvía se para decir el «Dóminum vobiscum» y pareciéndole a éste que aquella cara hacia los mismos visajes que en cierto mesón de Pamplona, donde le hizo una de las sayas, como le tenía por endemoniado, y pensando que en su presencia no podía continuar el Santo Oficio, suspendió la misa y se retiraba a la sacristía cuando Johanes le paró los pasos poniéndose en la puerta y diciéndole: —Siga vuesa merced, que para ello no hay óbice alguno. Replicóle el Abad, y enzarzaronse en discusión; y como el Abad se obstinase en no continuar, le cogió Johanes por los pies, y llevándole por los aires, lo dejó pegado en la mayor de las Dos Hermanas. Y según el testimonio de D. Agapito Martínez Alegría, todavía «en el monolito más alto, en su cara que mira al oriente, hay grabado en líneas toscas, un sacerdote vestido con casulla en actitud de decir «Dóminum vobiscum».

Como en las «candiladas» invernales cuando se hila lino, cáñamo, o lana, y se comenta cuanto de viejo o nuevo ha ocurrido o sucede en la comarca, así pasamos la agradable velada en compañía de los guardianes del Santuario, hasta que, llegada la hora habitual, esta gente sencilla, amable y buena, de recio espíritu navarro, diera comienzo a una larga letanía de advocaciones, preludeo para el rezo familiar del Santo Rosario, seguido de nueva serie prolongada de ofrecimientos y frases encendidas de fé pidiendo protección y amparo a su querida Virgencica, que fué el digno colofón que llenó de sereno gozo nuestros corazones en este día feliz.

IV. - De Codés a Acedo, pasando por La Plana y Peña Costalera

Ya los primeros rayos del sol penetraban en la estancia por el abierto balcón, cuando despertamos del sueño reparador. Fuera, en el campo, el gorjeo de los pájaros saludaba gozoso al naciente día, mientras el caserón veíase alegrado por las risas de los pequeños que jugaban en la cocina. También a nosotros la magnificencia radiante y serena del día nos impulsa hacia la montaña, en busca de esos momentos deliciosos en que su paz sedante desciende sobre el cansado espíritu liberándole de los cotidianos pensamientos.

Preparadas las mochilas y tomado el necesario alimento, nos despedimos, con ofrecimientos sinceros de los guardas del Santuario. También la Virgencica de Codés, solitaria en su primorosa capilla, recibe nuestra visita postrera. Su bella talla, atribuida por los eruditos al siglo XIII, destaca en el fondo

del Presbiterio, materialmente lleno de exvotos colgantes de las paredes y separado del resto de la iglesia por verja de hierro. Y tras de la visita, por la diminuta puertecilla que da al huerto, partimos hacia la barrerera montañosa que respalda al Santuario.

Caminamos en línea recta, por pendiente suave y bajo la fronda del arbolado, hasta desembocar en el peñascal (25'). En él se inicia una marcadísima senda que inclinándose a la derecha, comienza a ganar altura con bien señaladas curvas. A los 7 minutos, deja a mano derecha, al borde del camino, la llamada Peña de la Mujer, según nos informaron porque en cierta ocasión fué hallada junto a ella una mujer de Sorlada que habíase extraviado en la montaña. A sucesos tan simples como el presente, se debe actualmente la denominación toponímica del término, bien pobre por cierto.

Más adelante, el trozo de pendiente pedregal que nos resta por recorrer, se halla colgado en estrecha barrancada aprisionada entre rocas que lo resguardan de los vientos fríos, y que expuesto a los soles del mediodía, sin sombra protectora, lo convierten en un horno donde el calor aprieta de firme, que tardamos 10 minutos en atravesar, para ganar la altura de la sierra en el llamado Puerto, que da acceso a la planicie de La Llana. A la izquierda queda la Peña de la Cueva, donde se halla la única fuente de la altura, llamada de los Nenes, de difícil y arriesgada búsqueda, y sobre las mismas se levantan las Peñas de Yoar, reinas del macizo.

Inclinándonos a la derecha, subimos a la arista de la montaña que recibe el nombre de Cinco Atajos, sin saber a que se debe este apelativo por hallarse cortada a pico sobre la ladera de los Tejos, siendo por tanto imposible que la cruce ningún atajo ni sendero. Marchando sobre ella hacia el E., en un cuarto de hora, alcanzamos la cumbre de La Plana (1.333 m.), de tan extenso y similar horizonte al que abarcan las Peñas de Yoar. Se desprende de la misma, por el S. E., un contrafuerte que culmina en las rocas de Malpica, el antiguo Monicastro de tan funestos recuerdos.

Descendiendo levemente hacia el raso de La Llana por el limpio bosque de hayas que cubre la vertiente N. de la cota ganada, salimos a terreno despejado (6') y contorneamos la barrancada que se abre hacia los pueblos de Otiñano, Mirafuentes y Nazar, para dar vista al bosque de la Dormida en Punta Redonda (1.207 m. 4'), junto a la que existen unas ruinas que bien pudieran ser restos de alguna borda desaparecida, o tal vez de la antigua ermita que jalonaba el punto de

unión de los Obispos de Calahorra, Vitoria y Pamplona.

Continuamos bordeando la barrancada citada por la altura divisoria de aguas entre los ríos Ega y Odrón, que a su vez establece la separación provincial entre Alava y Navarra, mientras nos aproximamos al extremo oriental donde emergen los impresionantes paredones de Peña Costalera. Una diminuta senda facilita nuestro paso y en poco más de media hora nos encontramos en el collado que salva el magnífico camino de Nazar a Santa Cruz de Campezo, cuyos caseríos son bien visibles al fondo de la correspondiente barrancada que a ambos lados se abre.

Un pequeño repecho, cubierto de molestos bojés, nos lleva a la roca. Sobre ella nos aproximamos a las cúspides eminentes, mientras el tajo se hace más profundo a nuestros pies. A los 14 minutos hemos coronado la más pequeña de las cimas (1.202 m.) y escasos metros nos separan de la mayor altitud. Podríamos seguir la senda que en la vertiente N. existe pegada a la roca, pero preferimos buscar emociones recorriendo la cresta. Conforme avanzamos por ella las dificultades van en aumento, y fantásticas grietas, paredones y chimeneas ofrecen excelentes puntos de vista sobre el macizo. Hay momentos en los que desconfiamos poder seguir adelante, tal es el cúmulo de obstáculos que debemos sortear y vencer. Al fin, cuando llevamos 35 minutos de fatigosa lucha y todo parecía resuelto a nuestro favor, tenemos que abandonar la empresa de encaramarnos en la meta de nuestros afanes (tan próxima la tenemos) porque un corte vertical de unos cinco metros de altura nos intercepta el paso, y no contamos con cuerda para salvarlo.

Volvemos atrás nuestros pasos buscando una grieta en la cara N., puesto que su contraria es más alta y arriesgada y por ello menos practicable, encontrando una chimenea por la que descendemos con paso Ramonais (presión de espalda y piernas) a la senda que contornea la peña (20'), siguiendo por ella hasta alcanzar la altura máxima de Peña Costalera (1.222 m.), cinco minutos más tarde.

La prisa que llevamos, por la pérdida de tiempo habida, nos impide contemplar a satisfacción el hermoso panorama, abierto a dilatadas extensiones, que brinda esta cima. Sin detenernos a descansar, reanudamos la marcha hacia Acedo, que vemos lejano en la risueña campiña, atravesando a grandes pasos, la amesetada llanura que recibe el genérico nombre de la Sierra de tal o cual pueblo, según sea término de este o aquel lugar. Predominan en su vegetación los bojés, y, cuan-

do iniciamos sin camino el descenso al llano, se entremezclan éstos con el arbolado en profusión tan extraordinaria que hacen nuestra marcha sumamente molesta y desagradable. Al rato damos con magnífico camino de carros que desciende a través de un delicioso bosque de encinos para desembocar en tierras de labrantío que se prolongan en feraz llanura.

Hacia el S. E. queda pronto ésta aprisionada por las últimas estribaciones de Codés y la Sierra Dos Hermanas, que se interpone entre Mendaza y Piedramillera, cerrando el abierto boquete un montículo sobre el que se perfila la hermosa Basílica de San Gregorio, Cardenal y Obispo de Ostia, que hallá por el año de 1039 vino de tan alejadas tierras por mandato del Santo Padre Benedicto IX. Y cuenta la tradición que, habiendo vivido siempre el ilustre Cardenal sin otra voluntad que la de Dios, quiso hasta después de su muerte, acaecida en Logroño el 9 de Mayo de 1044, quedar a ella sometido, disponiendo que colocados sus mortales despojos sobre un caballo, se enterrasen allí donde éste pasase por tercera vez. Esto ocurrió en el lugar que hoy señala este templo grandioso, que nosotros contemplamos desde el camino de Acedo, al que acuden nutridas romerías de fieles devotos en determinadas fechas anuales, para adorar con la veneración y honda fé, heredadas de sus antepasados, las benditas reliquias del Santo, y recoger el agua que, pasada por su cabeza milagrosa, librá campos y frutos de toda plaga.

Momentos más tarde entramos en Acedo (hora y cuarto desde Peña Costalera) con tiempo suficiente para comer y tomar el tren eléctrico que, en Estella, empalma con el servicio diario de autobuses con la Capital.

Y mientras volvemos a nuestros hogares, satisfechos de haber disfrutado dos días verdaderos de montaña, van desfilando por nuestra imaginación el horizonte dilatado y nuevo en su campiña alegre y bonita que nos descubrió Codés; sus enormes perspectivas desde las altas cimas sobre la tierra llana de Rioja y Ribera; la sucesión ininterrumpida de sus montañas; los roquedales fantásticos y canteras repletas de monolitos con parecidos sorprendentes y dificultades extremas; ricas tallas en antiquísimas imágenes tan vinculadas con nuestra historia; y las mil leyendas y sucesos de antaño que estos campesinos, nobles y sencillos, gustan narrar con el mismo deleite e interés que de hechos acaecidos un ayer próximo. Todo ello nos impulsa a desear tener más tiempo disponible en fechas próximas, para recorrer con tranquilidad los ingenuos caminos de la Sierra de Codés.

